

SARAH  
DESSSEN

DÉJÀ  
TE  
LLEVAR



Para Auden, la noche siempre será su momento favorito del día y una oportunidad para escapar de todo lo que la rodea.

Desde el divorcio de sus padres, Auden ha vivido a la sombra de su exigente madre. Por fin le espera un verano tranquilo con la nueva familia de su padre, en el pueblo costero donde viven. Allí conocerá a Eli, un joven misterioso que le mostrará los secretos que oculta la noche.

*A mi madre, Cynthia Dessen, que me ha ayudado a aprender casi todo lo que sé sobre ser una chica, y a mi hija, Sasha Clementine, que me está enseñando lo demás.*

ESCRIBIR UN LIBRO nunca es fácil y en ocasiones necesitas un poco de ayuda. Para esta novela y tantas otras, he tenido la increíble suerte de contar con la sabiduría y la orientación de Leigh Feldman y Regina Hayes. Barbara Sheldon, Janet Marks y mis padres, Alan y Cynthia Dessen, me han proporcionado el apoyo moral que cualquier escritor loco necesita, en especial posparto. Y, como siempre, doy gracias por contar con mi marido, Jay, que me hace reír, me ayuda a recordar y me enseña más de lo que nunca necesitaré saber sobre bicicletas.

Para terminar, me gustaría mencionar a mi propio mundo de chicas, las niñeras, sin las cuales jamás habría tenido tiempo para escribir este libro: Aleksandra Marcotte, Claudia Shapiro, Virginia Melvin, Ida Donner, Krysta Lindley y Lauren Caccese. Gracias por cuidar tan bien de nosotros.

## SILENCIOS INCÓMODOS

Hubo algunas interferencias y una breve conversación cuando el auricular cambió de manos. Acto seguido, Eli dijo:

–Te estás perdiendo un crocante de manzana de miedo ahora mismo.

–Me han arrastrado a una fiesta de perritos calientes – respondí.

Un silencio.

–No me digas.

–Sí. –Di media vuelta y cerré el listín–. Por lo visto son un rito de paso muy importante. Así que he decidido dejarme caer por aquí, por el bien de la misión y tal.

–Ya –fue su respuesta.

Durante un momento ninguno de los dos habló, y yo me di cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que estaba nerviosa o incómoda charlando con Eli. Tantas noches locas, tantos planes disparatados. Y, sin embargo, una sencilla conversación telefónica se me hacía cuesta arriba.

# UNO

Los emails empezaban siempre del mismo modo.

¡¡Hola, Auden!!

Era el segundo signo de exclamación lo que me molestaba. Mi madre lo habría definido como superfluo, exagerado, eufórico. Yo lo consideraba irritante sin más, igual que todo lo que guardaba relación con mi madrastra, Heidi.

*Espero que estés disfrutando de las últimas semanas de clase. ¡Aquí todos estamos bien! Terminando los últimos preparativos antes de la llegada de tu futura hermana. Últimamente me propina unas patadas de miedo. ¡Cualquiera diría que está haciendo kárate ahí dentro! Yo me dedico a atender el negocio (por así decirlo) y a añadir los últimos detalles al cuarto del bebé. Lo he decorado en tonos rosas y marrones; ha quedado precioso. Te adjunto una foto para que lo veas.*

*Tu padre está tan ocupado como de costumbre, trabajando en su libro. ¡Supongo que lo veré más a menudo cuando me toque quedarme despierta hasta las tantas atendiendo a la nena!*

*Espero de corazón que consideres la idea de venir a visitarnos cuando termines las clases. Sería muy divertido y tu presencia aquí haría estos meses de verano todavía más especiales. Puedes venir cuando quieras. ¡Nos encantaría verte!*

*Con cariño,*

*Heidi (¡y tu papá y el futuro bebé!).*

El mero hecho de leer esas cartitas me dejaba agotada. En parte por esa gramática tan entusiasta –que era como tener a alguien gritándote al oído– pero también por la propia Heidi. Era tan... superflua, exagerada, eufórica. E irritante. Todas esas cosas había sido ella para mí, y más, desde que se lió con mi padre, se quedó embarazada y se casaron el año pasado.

Mi madre aseguró que no le sorprendía. Llevaba desde el divorcio anunciando que mi padre no tardaría nada, según ella lo expresaba, en «arreguntarse con alguna alumna». A los veintiséis, Heidi tenía la misma edad que mi madre cuando nació mi hermano, Hollis, al que seguí yo dos años más tarde, si bien las dos mujeres no podrían ser más distintas. Si mi madre era una profesora universitaria famosa por su afilado ingenio y considerada una eminencia nacional en el estudio del rol femenino en la literatura del Renacimiento, Heidi era..., bueno, Heidi. La clase de mujer cuyas mejores cualidades guardan relación con su constante automantenimiento (pedicura, manicura, reflejos), que sabe todo lo que puedas imaginar y más sobre dobladillos y zapatos, y envía emails demasiado cariñosos a personas que no tienen ningún interés en leerlos.

El noviazgo fue rápido, por cuanto la implantación (como mi madre la bautizó) acaeció un par de meses más tarde. Así, sin más, mi padre pasó de ser la persona que llevaba años siendo –marido de la doctora Victoria West y autor de una elogiada novela, ahora más conocido por sus peleas interdepartamentales que por la secuela siempre en curso– a convertirse en flamante marido y futuro padre. Súmale a todo eso un cargo, también reciente, como director del Departamento de Escritura Creativa del Weymar College, una pequeña facultad de un pueblo costero, y podría decirse que mi padre acababa de estrenar una

nueva vida. Y si bien siempre me estaban invitando a visitarlos, yo no estaba segura de querer averiguar si en su casa todavía había un sitio para mí.

Ahora, procedente de la sala, oí un súbito coro de carcajadas seguido de un tintinear de copas. Mi madre había organizado otra de sus tertulias para alumnos de posgrado, que siempre daban comienzo con una cena formal («¡Hace tanta falta un poco de cultura en nuestra cultura!», decía) antes de degenerar, en todas las ocasiones, en debates ebrios sobre literatura y teoría. Miré el reloj —las diez y media— y empujé con la punta del pie la puerta de mi habitación para echar un vistazo por el largo pasillo en dirección a la cocina. Tal como esperaba, vi a mi madre sentada en la cabecera de la mesa de madera de la cocina con una copa de vino tinto en la mano. A su alrededor, como era habitual, se apiñaba un grupo de alumnos varones que la contemplaba con adoración mientras ella peroraba, por lo poco que pude oír, sobre Marlowe y la cultura femenina.

Esa era otra muestra más de las numerosas y fascinantes contradicciones que caracterizaban a mi madre. Si bien estaba especializada en el papel de las mujeres en la literatura, las representantes de su propio sexo, a la hora de la verdad, no le gustaban demasiado. En parte porque solían envidiarla: por su inteligencia (prácticamente de nivel Mensa), por sus méritos académicos (cuatro libros, incontables artículos, una cátedra de patrocinio) o por su aspecto (alta y exuberante, con una melena de un tono negro azabache que acostumbraba a llevar suelta y salvaje, el único gesto de descontrol que se permitía). Por esas razones, y por otras, las alumnas rara vez acudían a aquellas reuniones y, si lo hacían, casi nunca repetían.

—Doctora West —estaba diciendo uno de los estudiantes con el grado de desaliño habitual, americana baratilla, cabello lacio y las clásicas gafas negras de empollón híps-



ter—, deberías desarrollar esa idea en un artículo. Es fascinante.

Vi a mi madre tomar un sorbo de vino y, de un solo ademán fluido, echarse la melena hacia atrás con una mano.

—Ay, por Dios, no —respondió con su voz profunda y ronca (tenía el timbre de una fumadora, aunque jamás había probado un cigarrillo)—. Ni siquiera tengo tiempo para trabajar en mi libro ahora mismo, y eso por lo menos está retribuido. Si es que a lo que me pagan se le puede llamar una retribución, claro.

Más risas halagadoras. A mi madre le encantaba quejarse de lo poco que le pagaban por sus libros —todos académicos, publicados en editoriales universitarias— mientras otras ganaban dinero a espuestas por escribir eso que ella denominaba «noveluchas para amas de casa». Si fuera por ella, todo el mundo cargaría con las obras completas de Shakespeare a la playa, además de un par de poemas épicos, quizás.

—De todos modos —insistió Empollón Gafas de Pasta— es una idea brillante. Yo podría, ejem, ayudarte a escribirlo si quisieras.

Alzando la cabeza y la copa, mi madre entornó los párpados para mirarlo. Se hizo un silencio.

—Ah, vaya —dijo—, qué amable por tu parte. Pero yo no escribo a medias con nadie, por la misma razón que no tengo compañeros de despacho ni parejas. Soy demasiado egoísta.

A pesar de la distancia, vi como Empollón Gafas de Pasta tragaba saliva y se sonrojaba. Para disimular, alargó la mano hacia la botella de vino. «Idiota», pensé yo antes de cerrar la puerta con un golpe de pie. Como si fuera tan fácil encandilar a mi madre, crear con ella un vínculo rápido e intenso que perdurase en el tiempo. De ser así, yo lo sabría.

Pasados diez minutos me estaba escabullendo por la puerta trasera con los zapatos debajo del brazo para escapar en mi coche. Circulé por las calles prácticamente desiertas, entre casas silenciosas y fachadas oscuras, hasta que las luces de la cafetería Ray brillaron a lo lejos. Exiguo, atestado de neón y con mesas un pelín pringosas, Ray era el único local de la zona que abría veinticuatro horas, trescientos sesenta y cinco días al año. Como apenas pegaba ojo últimamente, pasaba más noches allí –leyendo o estudiando, y dando un dólar de propina hora tras hora por lo que sea que pidiese hasta la salida del sol– que en mi casa.

Mis problemas de insomnio comenzaron cuando el matrimonio de mis padres empezó a hacerse añicos, tres años atrás. Debería haberlo visto venir: fue una relación turbulenta desde que yo podía recordar, aunque acostumbraban a discutir más por trabajo que por temas personales.

Entraron a trabajar en la Uni recién salidos de la escuela de posgrado, cuando a mi padre le ofrecieron una plaza como profesor adjunto. En aquella época acababa de encontrar editor para su primera novela, *El cuerno del narval*, a diferencia de mi madre, que estaba embarazada de mi hermano y trataba de terminar su tesis doctoral. Demos un salto de cuatro años, hasta mi nacimiento, cuando él, en la cresta de la ola crítica y comercial –clasificado en la lista de superventas del *New York Times*, nominado al National Book Award– estaba al frente del programa de escritura creativa, mientras que ella se hallaba, como le gustaba decir, «perdida en un mar de pañales y baja autoestima». Sin embargo, en cuanto yo empecé a asistir a la guardería, mi madre regresó al mundo académico con sed de venganza, obtuvo una plaza como profesora visitante y encontró editor para su tesis. Con el tiempo se convirtió en uno de los profesores más solicitados del departamento, le ofrecieron una plaza fija y publicó un segundo y luego un ter-

cer libro. A todas estas, mi padre se limitaba a observar. Afirmaba estar orgulloso y bromeaba diciendo que mi madre era el bono restaurante, el sostén familiar. Pero entonces a mi madre le ofrecieron la cátedra de patrocinio, que se considera un gran honor, a mi padre lo abandonó su editor, que no se considera tal cosa, y las cosas empezaron a ponerse feas.

Las peleas casi siempre arrancaban durante la cena, cuando uno de los dos soltaba una pulla y el otro se ofendía. Había una pequeña bronca –palabras mordaces, un golpe de tapa contra la olla–, pero las aguas volvían a su cauce..., por lo menos hasta las diez o las once, cuando de súbito los oía volver a la carga. Al cabo de un tiempo deduje que aquel lapso temporal se producía porque esperaban a que estuviera dormida para reanudar la pelea. De modo que, una noche, decidí no dormir. Dejaba la puerta abierta, la luz encendida, hacía notorios viajes al baño para lavarme las manos armando tanto escándalo como podía. Durante un tiempo funcionó. Hasta que dejó de hacerlo y las disputas volvieron a empezar. Para entonces mi cuerpo se había acostumbrado a permanecer en vela hasta las tantas, de modo que estaba despierta para escuchar todas y cada una de las palabras que se dedicaban.

Conocía a mucha gente cuyos padres se habían separado y, por lo visto, cada cual reaccionaba a su manera: sorpresa absoluta, decepción demoledora, alivio total. El denominador común, sin embargo, era la abundancia de conversaciones acerca de esos sentimientos, bien con el padre y la madre a la vez, bien con cada uno por separado o, en algunos casos, con un comecocos en terapia de grupo o individual. Mi familia, como es natural, fue la excepción a la regla. Por desgracia, no me libré del momento «siéntate, tenemos que decirte una cosa». Mi madre me dio la noticia, sentada al otro lado de la mesa de la cocina,

mientras mi padre, recostado contra una encimera y con aspecto cansado, jugueteaba con las manos.

—Tu padre y yo nos separamos —me soltó ella con el mismo tono monocorde y profesional que tantas veces le había oído usar para hacer críticas a sus alumnos sobre su trabajo—. Seguro que estarás de acuerdo en que es lo mejor para todos.

Mientras escuchaba aquello, no supe muy bien cómo me sentía. No fue alivio ni una decepción demoleadora, pero tampoco sorpresa. Lo que me chocó, cuando estábamos allí los tres en la cocina, fue que me sentí una cría. Pequeña, como una niña. Y fue rarísimo. Como si esa situación tan tremenda hubiera sido necesaria para que una ola de infancia tanto tiempo postergada me inundara.

Fui una niña en su día, obviamente. Sin embargo, para cuando yo nací, mi hermano —el más llorón de los bebés, un lactante hiperactivo, un niño movido (por no decir imposible) donde los hubiera— había agotado las energías de mis padres. Todavía las agotaba, si bien ahora desde otro continente, mientras recorría Europa y enviaba de vez en cuando un email relatando su última epifanía existencial antes de pedir dinero para ponerla en práctica. Cuando menos, el hecho de que estuviera en el extranjero le daba a la situación un aire más bohemio y artístico: mis padres les podían contar a sus amigos que Hollis fumaba cigarrillos en la torre Eiffel y no en un garito cualquiera. Quedaba mejor.

Si Hollis siempre fue un niño grande, yo siempre fui la típica adulta de corta edad, la clase de niña que, a los tres años, se sienta a la mesa sin chistar para pintar sus cuadernos de colorear mientras los mayores discuten de literatura. Una cría que se entretenía sola a muy temprana edad, que estaba obsesionada con el colegio y las notas desde preescolar, porque únicamente los estudios me granjeaban la atención de mis padres. «Ah, no te preocupes —decía mi madre cuando a uno de sus invitados se le escapa-

ba un taco delante de mí o decía algo poco adecuado para una niña—. Auden es muy madura para su edad». Y lo era, tanto a los dos años como a los cuatro o a los diecisiete. Mientras que Hollis requería supervisión constante, era conmigo con la que cargaban a todas partes, siempre flotando tras la estela de mi padre o mi madre. Me llevaban a conciertos de música clásica, a exposiciones de arte, a conferencias en la universidad, a reuniones de comisiones, donde se suponía que me podían ver pero no oír. No tuve mucho tiempo para distraerme con juguetes, pero nunca me faltaron libros, cuya provisión jamás se agotaba en mi casa.

A causa de esta educación, me resultaba difícil relacionarme con otros niños de mi edad. No entendía sus locuras, su energía, su manía de lanzar cojines sin ton ni son, pongamos por caso, o de montar en bici a toda velocidad por calles cortadas. Parecía divertido, pero, al mismo tiempo, era tan distinto de lo que yo solía hacer que ni siquiera imaginaba cómo habría podido participar de haber tenido ocasión. Y no la tenía, pues los lanza-cojines y los ciclistas salvajes no solían asistir a los colegios privados de alto rendimiento y aprendizaje acelerado que mis padres escogían.

En los últimos cuatro años, de hecho, había cambiado tres veces de colegio. Estuve en el Instituto Jackson apenas un par de semanas antes de que mi madre, al reparar en una falta de ortografía y un error gramatical en el programa de Lengua y Literatura, me matriculara en el Perkins Day, un colegio privado cercano. Era más pequeño y más exigente, aunque no tanto como Kiffney-Brown, el centro concertado al que me cambié el penúltimo año de secundaria. Fundado por varios profesores de la zona, era un centro de élite —cien estudiantes como máximo— cuyo proyecto se basaba en grupos muy reducidos y fuertes vínculos con la universidad de la ciudad, donde podías cursar asignaturas de nivel universitario para ir acumulando

do créditos. Si bien yo tenía unos cuantos amigos en Kiffney-Brown, el ambiente ultracompetitivo unido al hecho de que buena parte del currículum fuera autogestionado no facilitaba las relaciones estrechas, que digamos.

Tampoco me importaba demasiado. El colegio era mi consuelo, mi válvula de escape, y me permitía vivir mil vidas ajenas. Cuanto más se quejaban mis padres de la falta de iniciativa y de las pésimas notas de Hollis, con más ahínco trabajaba yo. Y, aunque estaban orgullosos de mí, mis logros nunca me servían para conseguir lo que yo quería. Siendo una niña tan lista, debería haber adivinado que el único modo de obtener la atención de mis padres era decepcionándolos o fracasando. Pero, cuando por fin lo comprendí, el éxito se había tornado un hábito demasiado arraigado en mí como para romperlo.

Mi padre se marchó cuando yo estaba empezando cuarto de secundaria. Alquiló un piso amueblado cerca del campus, en un complejo habitado principalmente por estudiantes. En teoría, yo debía pasar allí los fines de semana, pero él estaba tan deprimido, todavía inmerso en la redacción de su segundo libro, cuya publicación (o no) estaba pendiente de un hilo mientras mi madre disfrutaba de tanta atención, que su compañía no era la más divertida del mundo. Por otro lado, en casa de mi madre tampoco me sentía mucho mejor, pues ella estaba tan ocupada disfrutando de su nueva vida de soltera y de su reciente éxito académico que invitaba a gente todo el tiempo, estudiantes que entraban y salían y cenas cada fin de semana. Por lo que parecía, ningún lugar ofrecía un territorio neutral, salvo la cafetería Ray.

Había pasado por delante un millón de veces, pero jamás se me había ocurrido entrar a tomar algo hasta una noche en la que estaba regresando a casa de mi madre a las dos de la madrugada. Ni mi padre ni mi madre me controlaban demasiado. A causa de mi horario escolar – una clase nocturna, seminarios flexibles durante el día y

muchas horas de estudio independiente— entraba y salía a mi antojo, sin que nadie me preguntara casi nunca adónde iba, así que ninguno de los dos sabía que no estaba durmiendo. Esa noche, al echar un vistazo en dirección al Ray, el local captó mi atención. Parecía calentito, casi seguro, ocupado por gente con la cual, como poco, tenía una cosa en común. Así que aparqué, entré y pedí una taza de café y una porción de pastel de manzana. Me quedé allí dentro hasta el amanecer.

Lo más agradable de aquel lugar era el hecho de que, aun cuando me convertí en una clienta habitual, todo el mundo me dejaba en paz. Nadie me pedía más de lo que quisiera dar y las interacciones eran mínimas. Ojalá todas las relaciones fueran tan sencillas y yo tuviera siempre tan claro mi papel exacto.

En otoño, una de las camareras, una anciana fornida cuyo identificador decía Julie, echó una ojeada a la solicitud en la que yo estaba trabajando mientras me rellenaba el café.

—Universidad Defriese —leyó en voz alta. A continuación me miró—. Es una escuela muy buena.

—Una de las mejores —asentí.

—¿Crees que entrarás?

Yo asentí.

—Sí. Seguro.

Ella sonrió como si yo fuera una chiquilla muy mona por pensar así y me propinó unas palmaditas en el hombro.

—Ay, tan joven y ya tan segura de ti misma —me dijo antes de alejarse arrastrando los pies.

Yo quise decirle que no era cuestión de seguridad, solo de trabajo duro. Pero ella ya se había desplazado hasta el siguiente reservado y ahora charlaba con el chico sentado a la mesa, y yo comprendí que en realidad le daba igual. Hay mundos en los que todas esas cosas —calificaciones, colegio, exámenes, rango, admisión temprana, no-